

Jenny Han

No hay verano sin ti

Trilogía El verano en que me enamoré 2

Traducción de Marta Becerril Albornà



Capítulo uno

2 de julio

Era un cálido día de verano en Cousins. Yo estaba tumbada junto a la piscina con una revista en la cara. Mi madre se entretenía jugando al solitario en el porche de delante, y Susannah se encontraba dentro, trajinando por la cocina. Seguro que saldría pronto con un vaso de té helado y un libro que recomendarme. Algo romántico.

Conrad, Jeremiah y Steven habían estado haciendo surf toda la mañana. La noche anterior hubo tormenta. Conrad y Jeremiah regresaron los primeros. Los oí antes de verlos. Subían la escalera bromeando sobre cómo Steven había perdido el bañador por culpa de una ola particularmente violenta. Conrad se acercó a mí con aire decidido, apartó la sudada revista de mi cara, sonrió y dijo:

—Tienes palabras en las mejillas.

—¿Qué dicen? —pregunté entornando los ojos.

Se puso en cuclillas junto a mí y respondió:

—No está claro. Déjame ver.

Y entonces me miró el rostro detenidamente con su tí-

pica expresión seria. Se inclinó y me besó; sus labios estaban fríos y salados por culpa del océano.

En ese momento, Jeremiah comentó:

—Buscaos un hotel.

Pero yo sabía que estaba bromeando. Me guiñó el ojo, se acercó por detrás, levantó a Conrad y lo lanzó a la piscina.

Jeremiah también se tiró y gritó:

—¡Vamos, Belly!

Así que yo también salté. El agua estaba perfecta. Más que perfecta. Como siempre, Cousins era el único lugar en el que deseaba estar.

—¿Hola? ¿Te has enterado de algo de lo que acabo de decir?

Abrí los ojos. Taylor me estaba chasqueando los dedos en la cara.

—Lo siento —respondí—. ¿Qué decías?

No estaba en Cousins. Conrad y yo no estábamos juntos, y Susannah estaba muerta. Nada volvería a ser igual. Habían pasado... ¿Cuántos días habían pasado? ¿Exactamente cuántos días? Dos meses desde que Susannah había muerto, y yo seguía sin poder creerlo. No podía permitirme creerlo. Cuando muere alguien a quien quieres, no parece real. Es como si le ocurriese a otro. Es la vida de otro. Nunca se me ha dado bien la abstracción. ¿Qué pasa cuando alguien se ha ido de verdad, para siempre?

A veces cerraba los ojos y repetía una y otra vez dentro de mi cabeza: no es verdad, no es verdad, esto no es real. Ésta no es mi vida. Pero lo era; era mi vida ahora. Después.

Me encontraba en el patio trasero de Marcy Yoo. Los chicos estaban haciendo el tonto en la piscina y las chicas permanecían tumbadas en las toallas de playa, todas en fila. Marcy era mi amiga, pero el resto, Katie, Evelyn y las demás, eran más bien amigas de Taylor.

Ya estábamos a treinta grados, y sólo era mediodía. Iba a ser un día caluroso. Estaba tumbada boca abajo y sentía el sudor acumulándose al final de la espalda. Sólo estábamos a 2 de julio y ya contaba los días que faltaban para el final del verano.

—Te preguntaba qué te vas a poner para la fiesta de Justin —repitió Taylor. Había extendido nuestras toallas una al lado de la otra, así que era como si estuviésemos en una sola toalla gigante.

—No lo sé —contesté, dándome la vuelta para quedarnos frente a frente.

Tenía gotas de sudor diminutas en la nariz. Taylor siempre empezaba a sudar por la nariz. Dijo:

—Yo me pondré el vestido de tirantes nuevo que compré con mi madre en el centro comercial.

Volví a cerrar los ojos. Llevaba gafas de sol, así que Taylor no podía distinguir si los tenía abiertos o no.

—¿Cuál?

—Ya sabes cuál, el de lunares diminutos que se anuda al cuello. Te lo enseñé hace unos dos días.

Taylor soltó un pequeño suspiro de impaciencia.

—Ah, sí —contesté, pero seguía sin acordarme, y sabía que Taylor lo había notado.

Empecé a decir algo más, algo agradable sobre el vestido, pero de repente sentí aluminio frío como el hielo pegado a la nuca. Chillé y ahí estaba Cory Wheeler, agachado a

mi lado con una lata de coca-cola goteando en la mano y desternillándose de risa.

Me erguí y lo fulminé con la mirada mientras me secaba el cuello. Estaba harta de ese día. Sólo deseaba marcharme a casa.

—¡Pero qué narices, Cory! —Él seguía riendo, lo que me hizo enfadar aún más—. Por Dios, eres tan inmaduro.

—Pero si parecías muy acalorada —protestó—. Sólo intentaba refrescarte.

No le respondí; me seguí restregando la nuca. Sentía la mandíbula muy tensa y notaba las miradas fijas del resto de chicas. Y entonces, la sonrisa de Cory desapareció y dijo:

—Lo siento. ¿Quieres la coca-cola?

Negué con la cabeza y él se encogió de hombros y se refugió en la piscina. Eché un vistazo y vi que Katie y Evelyn ponían cara de pero-qué-le-pasa, y me sentí avergonzada.

Ser cruel con Cory era como ser cruel con un cachorro de pastor alemán. No tenía ningún sentido. Demasiado tarde, intenté llamarle la atención, pero no me devolvió la mirada.

—Era sólo una broma —dijo Taylor en voz baja.

Volví a tumbarme en la toalla, esta vez boca arriba. Inspiré profundamente y espiré con lentitud. La música del iPod de Marcy me estaba provocando dolor de cabeza; estaba demasiado alta. Y tenía mucha sed. Debería haber aceptado la coca-cola de Cory.

Taylor se inclinó y me levantó las gafas de sol para poder mirarme a los ojos. Me observó fijamente.

—¿Estás enfadada?

—No. Lo que pasa es que hace mucho calor aquí fuera.

Me sequé el sudor con el antebrazo.

—No te enfades. Cory no puede evitar comportarse como un idiota contigo. Le gustas.

—No le gusto —respondí, apartando la vista. En realidad sí que le gustaba, y lo sabía. Pero deseaba que no fuese verdad.

—Lo que tú digas. Pero está completamente colgado de ti. Sigo pensando que deberías darle una oportunidad. Te distraerá de ya-sabes-quién.

Volví la cabeza y dijo:

—¿Qué te parece si te hago una trenza de espiga para la fiesta de esta noche? Puedo trenzarte la parte de delante y sujetarla a un lado, como la última vez.

—Vale.

—¿Qué te vas a poner?

—No estoy segura.

—Bueno, tienes que estar guapa porque todo el mundo estará allí —prosiguió Taylor—. Vendré temprano para que podamos arreglarnos juntas.

Justin Ettelbrick celebraba una gran fiesta de cumpleaños cada mes de julio desde octavo curso. En julio, yo ya estaba en Cousins Beach, y mi casa, la escuela, y los amigos de clase quedaban a un millón de kilómetros de distancia. Nunca me había importado perdérmela, ni siquiera cuando Taylor me habló de la máquina de algodón de azúcar que sus padres alquilaron un año, ni cuando lanzaron fuegos artificiales sobre el lago.

Éste iba a ser el primer verano que estaría en casa para la fiesta de Justin, y también, el primero que no pasaba en Cousins. Y eso me importaba. Me dolía. Creía que iba a pasar en Cousins todos los veranos de mi vida. La casa de

verano era el único lugar en el que quería estar. Era el único lugar en el que había deseado estar.

—Irás, ¿verdad? —me preguntó Taylor.

—Sí, ya te dije que iría.

—Lo sé, pero... —Taylor arrugó la nariz y se interrumpió—. Olvídalo.

Sabía que mi amiga esperaba que las cosas volviesen a la normalidad, que fuesen como antes. Pero nunca serían igual. Ya nunca volvería a serlo.

Antes tenía fe. Creía que si deseaba algo lo suficiente, si lo deseaba con todas mis fuerzas, todo saldría como quería. El destino, como solía decir Susannah. Deseé a Conrad en cada cumpleaños, cada estrella fugaz, cada pestaña caída, cada penique en una fuente estaba dedicado a la persona a la que amaba. Creía que siempre iba a ser así.

Taylor quería que olvidase a Conrad, que lo borrara de mi mente y de mi memoria. No dejaba de repetir cosas como:

—Todos tenemos que superar nuestro primer amor, es un rito de madurez.

Pero Conrad no era simplemente mi primer amor. No era ningún rito de madurez. Era mucho más que eso. Él y Jeremiah y Susannah eran mi familia. En mis recuerdos, los tres siempre estarían ligados, unidos, entrelazados. No podía haber uno sin los demás.

Si olvidaba a Conrad, si lo expulsaba de mi corazón, si fingía que nunca estuvo allí, sería como hacerle lo mismo a Susannah. Y eso no podía hacerlo.

Capítulo dos

Antes, cuando terminaban las clases en junio, metíamos las maletas en el coche y nos dirigíamos directamente a Cousins. Mi madre iba a la tienda el día anterior y compraba botellas de zumo y cajas de tamaño económico de barritas energéticas, protector solar y cereales integrales. Cuando le rogaba que comprase Lucky Charms o Cap'n Crunch, mi madre decía:

—Beck tendrá cereales de los que te pudren los dientes de sobra, no te preocupes.

Tenía razón, claro. A Susannah —Beck para mi madre— le encantaban los cereales para niños, igual que a mí. Los devorábamos en la casa de verano. Nunca llegaban a ponerse blandos. Hubo un verano en el que los chicos comieron cereales para el desayuno, el almuerzo y la cena. Mi hermano, Steven, era de Frosted Flakes, Jeremiah era de Cap'n Crunch y Conrad, de Corn Pops. Jeremiah y Conrad eran los hijos de Beck y disfrutaban de sus cereales. En cuanto a mí, yo me comía lo que quedase mientras tuviese azúcar.

Había estado yendo a Cousins toda mi vida. Casi diecisiete años jugando a perseguir a los chicos, esperando y deseando ser algún día lo bastante mayor como para formar parte de su pandilla. La banda veraniega de los muchachos. Por fin lo había conseguido, pero ya era demasiado tarde. En la piscina, la última noche del último verano, dijimos que siempre volveríamos. Da miedo pensar con qué facilidad se rompen las promesas. De forma tan simple.

Cuando llegué a casa el verano anterior, esperé. Agosto se convirtió en septiembre, empezaron las clases y yo seguía esperando. No es que Conrad ni yo nos hubiésemos declarado. No es que fuera mi novio. Sólo nos habíamos besado. Empezaba la universidad, donde habría un millar de chicas distintas. Chicas sin toques de queda, chicas en su dormitorio, todas más inteligentes y guapas que yo, todas misteriosas y completamente nuevas, de una forma que yo nunca podría llegar a ser.

Pensaba en él constantemente, en lo que había significado, en lo que éramos el uno para el otro. Porque no podíamos echarnos atrás. Sabía que yo no podría. Lo que había ocurrido entre nosotros, entre Conrad y yo, entre Jeremiah y yo, lo había cambiado todo. Así que cuando llegó agosto y después septiembre y el teléfono seguía sin sonar, sólo tenía que pensar en cómo me había mirado esa última noche para comprender que aún había esperanza. Sabía que no me lo había imaginado. No podía haberlo hecho.

Según mi madre, Conrad ya se había mudado a su residencia de estudiantes, tenía un compañero de habitación insoportable y Susannah estaba preocupada por que no

comiese lo suficiente. Mi madre me contaba estas cosas de pasada, como quien no quiere la cosa, para no lastimar mi orgullo. Nunca la presioné para que me facilitara más información. El caso es que yo sabía que iba a llamar. Lo sabía. Así que sólo me quedaba esperar.

La llamada llegó durante la segunda semana de septiembre, tres semanas después de la última vez que lo había visto. Estaba comiendo helado de fresa en el salón y me peleaba con Steven por el mando a distancia. Era un lunes a las nueve de la noche, el horario de máxima audiencia. Sonó el teléfono y ni Steven ni yo nos movimos para contestar. El que se levantase perdería la batalla por el televisor.

Mi madre respondió en su despacho. Trajo el teléfono al salón y dijo:

—Belly, es para ti. Es Conrad. —Y me guiñó un ojo.

Me empezaron a zumbar los oídos. Oía el océano. El rumor, el bramido en los tímpanos. Fue como un subidón. Un momento de éxtasis. Había esperado ¡y ésa era mi recompensa! Tener razón y ser paciente nunca me había sentido tan bien.

Fue Steven el que me sacó de mi ensimismamiento. Frunciendo el entrecejo, dijo:

—¿Por qué te llama a ti?

No le hice caso y tomé el teléfono que me ofrecía mi madre. Me alejé de Steven, del mando a distancia, de mi plato de helado derretido. Nada de eso importaba ya.

Hice esperar a Conrad hasta que estuve en la escalera antes de decir nada. Me senté en los escalones y dije:

—Hola. —Intenté reprimir la sonrisa que me asomaba a los labios; sabía que la sentiría a través del teléfono.

—Hola —respondió—. ¿Qué tal?

—Nada nuevo.

—Adivina qué —dijo—. Mi compañero de habitación ronca incluso más fuerte que tú.

La noche siguiente volvió a llamar, y la noche después. Charlábamos durante horas. Al principio, cuando sonaba el teléfono, y era para mí y no para Steven, éste se sentía confundido.

—¿Por qué te llama Conrad continuamente? —preguntó.

—¿Tú qué crees? Le gusto. Nos gustamos.

A Steven casi le entran arcadas.

—Se ha vuelto loco —dijo sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Te parece imposible que le guste a Conrad Fisher? —repose desafiante cruzándome de brazos.

—Sí —resolvió sin pensárselo dos veces—. Es imposible. Y, seamos sinceros, lo era.

Era como un sueño. Irreal. Después de tanto suspirar, ansiar y desear años y años lo mismo, veranos enteros, él me llamaba a mí. Disfrutaba hablando conmigo. Lo hacía reír incluso cuando no quería. Yo entendía por lo que estaba pasando porque, en cierto modo, a mí me ocurría lo mismo. Sólo había unas pocas personas en el mundo que quisiesen a Susannah tanto como nosotros. Creí que eso sería suficiente.

Nos convertimos en algo. Algo que nunca llegó a definirse con exactitud, pero era algo. Algo de verdad. Varias veces condujo las tres horas y media que se tardaba en llegar desde la universidad hasta mi casa. En una ocasión, se quedó a pasar la noche porque se había hecho tan tarde

que mi madre no quiso que condujese de regreso. Conrad se quedó en la habitación de invitados y yo permanecí tumbada en la cama, despierta durante horas, pensando en que él dormía a sólo unos metros de distancia; de entre todos los lugares del mundo, en mi casa.

Si Steven no se hubiese pegado a nosotros como una lapa, sé que Conrad habría intentado besarme. Pero con mi hermano allí, era prácticamente imposible. Conrad y yo estábamos viendo la tele y él se sentaba justo entre los dos. Hablaba con Conrad de cosas de las que yo no sabía nada o que no me interesaban, como de fútbol. Una vez, después de cenar, pregunté a Conrad si le apetecía ir a tomar natillas heladas a Brusters y Steven metió cucharada al instante y dijo:

—Suenan bien.

Le eché una mirada furiosa, pero él se limitó a sonreírme de oreja a oreja. Y entonces Conrad me tomó de la mano justo enfrente de Steven y dijo:

—Vamos todos.

Así que fuimos todos, mi madre incluida. No podía creerme que estuviese yendo a una cita con mi madre y mi hermano sentados en el asiento trasero.

Aunque, en realidad, sirvió para que aquella noche única de diciembre supiera más dulce. Conrad y yo regresamos a Cousins, los dos solos. Las noches perfectas son muy escasas, pero ésa lo fue. Perfecta, quiero decir. Fue una noche por la que había valido la pena esperar.

Me alegro de que tuviésemos esa noche. Porque en mayo, todo había terminado.

Capítulo tres

Me marché temprano de casa de Marcy. Le conté a Taylor que era para descansar antes de la fiesta de Justin. En parte era cierto. Quería descansar, pero la fiesta no me importaba. En cuanto llegué a casa, me puse mi camiseta enorme de Cousins, llené una botella de agua con refresco de uva y hielo triturado y me puse a ver la tele hasta que me dolió la cabeza.

Estaba inmersa en un silencio tranquilo y satisfecho. Sólo oía el ruido del televisor y el del aire acondicionado encendiéndose y apagándose. Tenía la casa para mí sola. Steven tenía un trabajo de verano en Best Buy. Estaba ahorrando para una televisión plana de cincuenta pulgadas que se iba a llevar a la universidad en otoño. Mi madre estaba en casa, pero se pasaba el día encerrada en su despacho, poniéndose al día con el trabajo, decía.

La comprendía. Si yo estuviese en su lugar, también querría estar sola.

Taylor llegó hacia las seis, armada con su bolsa de maquillaje de color fucsia de Victoria's Secret. Entró en el sa-

lón, me vio tumbada en el sofá con la camiseta de Cousins y frunció el ceño.

—Belly, ¿aún no te has duchado?

—Me he duchado esta mañana —respondí sin levantarme.

—Sí, y has estado al sol todo el día.

Me agarró de los brazos y me obligó a ponerme derecha.

—Date prisa y entra en la ducha.

La seguí arriba y ella se metió en mi habitación mientras yo iba al baño del pasillo. Tomé la ducha más rápida de mi vida. Si la dejaba a su aire, Taylor se convertiría en una fisgona y se pondría a curiosear en mi dormitorio como si fuese el suyo.

Cuando salí, Taylor estaba sentada en el suelo enfrente del espejo. Se extendía con eficiencia el bronceador por las mejillas.

—¿Quieres que te maquille?

—No, gracias. Cierra los ojos mientras me visto, ¿vale?

Puso los ojos en blanco.

—Belly, eres una mojigata —exclamó volviendo a poner los ojos en blanco.

—Me da igual —dije mientras me ponía la ropa interior y el sujetador. Después me embutí otra vez la camiseta de Cousins.

—Vale, ya puedes mirar.

Taylor abrió bien los ojos y se aplicó el rímel.

—Podría hacerte la manicura —ofreció—. Tengo tres colores nuevos.

—No, no vale la pena.

Levanté las manos. Me había mordido las uñas hasta las raíces.

Taylor hizo una mueca.

—Bueno, ¿qué te vas a poner?

—Esto —respondí, reprimiendo una sonrisa. Señalé mi camiseta de Cousins. La había llevado tantas veces que tenía agujeros diminutos en torno al cuello y se había vuelto suave como una manta. Deseé poder ponérmela para la fiesta.

—Muy graciosa —dijo Taylor arrastrándose de rodillas hasta mi armario. Se puso de pie y empezó a rebuscar, apartando las perchas como si no se supiera de memoria todas las prendas de ropa que tenía. Normalmente no me importaba, pero ese día todo me hacía sentir molesta e irritable.

—No te preocupes. Me pondré unos *shorts* y una camiseta de tirantes —le dije.

—Belly, la gente se arregla para ir a las fiestas de Justin. Nunca has asistido, así que no lo sabrás, pero no puedes ponerte unos *shorts* viejos.

Taylor sacó mi vestido de tirantes blanco. La última vez que lo había llevado fue el verano anterior, en la fiesta con Cam. Susannah me dijo que acentuaba mi belleza natural.

Me levanté, le quité el vestido de las manos y volví a guardarlo en el armario.

—Está manchado —aduje—. Buscaré otra cosa.

Taylor volvió a sentarse enfrente del espejo y sugirió:

—Puedes ponerte el vestido negro con flores pequeñas. Te hace unos pechos increíbles.

—Es incómodo; demasiado ceñido —le expliqué.

—Porfi.

Con un suspiro, lo saqué de la percha y me lo puse. En ocasiones, era mejor rendirse ante Taylor. Llevábamos

siendo amigas, mejores amigas, desde niñas. Lo llevábamos siendo durante tanto tiempo que era más bien una costumbre, ya ni hacía falta decirlo.

—¿Ves?, estás hecha un bombón. —Se acercó para cerrarme la cremallera—. Ahora toca hablar de nuestro plan de actuación.

—¿Qué plan de actuación?

—Pienso que Cory Wheeler y tú deberíais enrollaros en la fiesta.

—Taylor...

Levantó una mano para acallarme.

—Sólo escúchame. Cory es supersimpático y superguapo. Si trabajase un poco su cuerpo y consiguiera un poco de definición, podría estar tan bueno como un modelo de Abercrombie.

Solté una risotada.

—Venga ya.

—Bueno, al menos tan guapo como el-que-empieza-por-C. —Ya nunca lo llamaba por su nombre. Ahora era sólo «ya sabes quién» o «el-que-empieza-por-C».

—Taylor, deja de presionarme. No puedo olvidarme de él sólo porque tú así lo quieras.

—¿Podrías intentarlo, al menos? —dijo con voz persuasiva—. Cory podría ser tu ligue de rebote. A él no le importaría.

—Si vuelves a mencionar a Cory, no iré a la fiesta —re-puse, e iba en serio. De hecho, estaba esperando a que lo volviese a nombrar para tener una excusa para no asistir.

Abrió los ojos como platos.

—Vale, vale. Lo siento. Mis labios están sellados.

A continuación, agarró su bolsa de maquillaje y se sen-

tó en el borde de la cama; yo me acomodé a sus pies. Sacó un peine y me dividió el pelo en secciones. Lo trenzaba de prisa, con movimientos rápidos y seguros, y cuando hubo terminado, me sujetó el pelo en la coronilla, a un lado. Ninguna de las dos habló mientras trabajaba, hasta que dijo:

—Me encanta cómo te queda el pelo así. Pareces nativa americana, como una princesa cherokee o algo por el estilo.

Empecé a reír, pero me detuve en seguida. Nuestras miradas se encontraron en el espejo y Taylor dijo:

—No pasa nada por reír. Tienes derecho a divertirte.

—Lo sé —respondí, pero no lo sentía.

Antes de marcharnos, pasé por el despacho de mi madre. Estaba sentada detrás de su escritorio con montones de carpetas y pilas de papeles. Susannah había nombrado a mi madre su albacea, y supongo que eso implicaba un montón de papeleo.

Mi madre estaba a menudo al teléfono con el abogado de Susannah, repasándolo todo. Quería que las cosas fuesen perfectas, los últimos deseos de su amiga debían cumplirse.

Susannah nos había legado, tanto a Steven como a mí, algo de dinero para la universidad. También me había dejado algunas joyas. Un brazalete de zafiros que no podía imaginarme llevando, un collar de diamantes para el día de mi boda —así lo había especificado por escrito—, y unos pendientes y un anillo de ópalo. Éstos eran mis favoritos.

—¿Mamá?

—¿Sí? —Levantó la vista para mirarme.

—¿Has cenado? —Sabía que no lo había hecho. No había salido del despacho desde mi llegada a casa.

—No tengo hambre —respondió—. Pero si no hay comida en la nevera, puedes pedir una pizza, si te apetece.

—¿Quieres que te prepare un sándwich? —ofrecí. Steven y yo nos habíamos estado turnando para hacer la compra esa semana. Dudo que mi madre supiera que era la semana del 4 de julio.

—No, no hace falta. Saldré luego y me prepararé algo.

—Vale.

—Taylor y yo vamos a una fiesta. —Vacilé un momento—. No volveré tarde.

Una parte de mí deseaba que me pidiera que me quedase en casa. Una parte de mí deseaba quedarse y hacerle compañía, preguntarle si quería ver una peli en el canal Turner Classic, preparar palomitas. Pero ya había vuelto su atención al papeleo. Estaba mordisqueando el bolígrafo.

—Suenan bien —dijo—. Ten cuidado.

Cerré la puerta a mis espaldas.

Taylor me estaba esperando en la cocina, enviando mensajes por el móvil.

—Date prisa, vámonos de una vez.

—Espera un momento; aún tengo que hacer una cosa. —Fui a la nevera y saqué lo necesario para preparar un sándwich de pavo. Mostaza, queso, pan blanco.

—Belly, habrá comida en la fiesta. No te irás a comer eso ahora...

—Es para mi madre —respondí.

La fiesta de Justin era todo lo que Taylor dijo que sería. La mitad de nuestra clase estaba allí, y los padres de Justin no se veían por ninguna parte. En el patio había infinidad de lámparas de bambú y los altavoces prácticamente vibraban de lo alta que estaba la música. Unas cuantas chicas bailaban animadamente.

Había un barril grande y una nevera roja enorme. Justin estaba en las parrillas, dando la vuelta a los bistecs y las salchichas. Llevaba puesto un delantal en el que podía leerse «Besad al chef».

—Como si alguien fuese a enrollarse con él —comentó Taylor con desprecio. Taylor había ido a por Justin a principios de año, antes de liarse con su novio, Davis. Ella y Justin habían salido unas cuantas veces hasta que la dejó plantada por una chica mayor.

Se me había olvidado el repelente de insectos y los mosquitos me estaban devorando. Tenía que agacharme continuamente para rascarme las piernas, y me alegraba de poder hacerlo. Me alegraba de tener algo que hacer. Temía tener contacto visual por error con Cory, que estaba junto a la piscina.

La gente bebía cerveza en vasos de plástico rojo. Taylor trajo un par de bebidas. La mía era de licor de melocotón y zumo de naranja. Era almibarado y sabía a productos químicos. Tomé dos tragos antes de tirarlo.

Entonces Taylor localizó a Davis en la mesa de *beer pong*, se puso un dedo en los labios y me agarró de la mano. Nos pusimos detrás de él y Taylor lo envolvió con los brazos por la espalda.

—¡Te tengo! —exclamó.

Davis se dio la vuelta y empezaron a besarse como si no

acabasen de verse sólo unas horas antes. Me quedé allí de pie un minuto, sujetando incómoda mi bolso, mirando a todas partes menos a ellos. En realidad se llamaba Ben Davis, pero todo el mundo lo llamaba Davis. Era guapo de verdad; tenía hoyuelos y ojos de color verde mar. Pero era bajito, lo que al principio Taylor consideró motivo de ruptura, aunque ahora afirmaba que no le importaba tanto. Yo detestaba ir con ellos en coche hasta el instituto porque iban de la mano todo el viaje, conmigo sentada detrás como una niña pequeña. Rompían al menos una vez al mes, y sólo llevaban saliendo desde abril. Durante una de sus rupturas, Davis la llamó llorando, intentando que volviese con él, y Taylor activó el altavoz del teléfono. Me sentí culpable por escuchar, pero también algo celosa de que le importase tanto, lo bastante como para llorar.

—Pete ha ido a mear —dijo Davis envolviendo la cintura de Taylor con el brazo—. ¿Quieres quedarte y ser mi compañera hasta que vuelva?

Me echó un vistazo y negó con la cabeza. Dio un paso atrás y se deshizo de su abrazo.

—No puedo dejar a Belly.

Le eché una mirada furiosa.

—Taylor, no tienes que hacer de niñera. Deberías jugar.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy.

Me alejé de ella antes de que pudiera discutiérmelo. Saludé a Marcy; a Frankie, que iba en el autobús de la escuela conmigo; a Alice, que fue mi mejor amiga en la guardería; a Simon, con quien estaba en el anuario. Había

conocido a la mayoría de esa gente toda mi vida, y aun así, nunca había añorado tanto Cousins.

Con el rabillo del ojo, vi a Taylor camelando a Cory y me escapé antes de que pudiese llamarme. Cogí un refresco y me dirigí al trampolín. Aún no había nadie, así que me quité las chanclas y me subí encima. Me tumbé justo en el centro, con cuidado de mantener la falda en su sitio. Las estrellas ya habían salido, pequeñas salpicaduras de diamante en el cielo. Me bebí la coca-cola en dos tragos, eructé unas cuantas veces, miré alrededor por si alguien me había visto. Pero no, todos estaban junto a la casa. Después intenté contar las estrellas, una estupidez tan grande como contar granos de arena, pero lo hice igualmente porque así tenía algo que hacer. Me pregunté cuándo podría salir a hurtadillas e irme a casa. Habíamos llegado en mi coche, y Taylor podía volver a casa con Davis. Después me pregunté si les parecería raro que envolviese unos cuantos perritos calientes y me los llevase a casa para más tarde.

Llevaba dos horas sin pensar en Susannah, al menos. Quizá Taylor tenía razón, quizá era aquí donde tenía que estar. Si seguía anhelando Cousins, si seguía mirando atrás, estaría condenada para siempre.

Mientras cavilaba, Cory Wheeler se subió al trampolín y se abrió paso hasta el centro, donde yo estaba. Se tumbó a mi lado y dijo:

—Hola, Conklin.

¿Desde cuándo Cory y yo teníamos confianza suficiente como para llamarnos por el apellido?

Desde nunca.

Y entonces le seguí el juego y dije:

—Hola, Wheeler.

Intenté no mirarlo. Traté de concentrarme en contar estrellas y no en lo cerca que estaba de mí.

Cory se apoyó sobre un codo y preguntó:

—¿Te diviertes?

—Claro. —Me empezaba a doler el estómago. Huir de Cory me estaba provocando una úlcera.

—¿Has visto alguna estrella fugaz?

—Todavía no.

Cory olía a colonia, cerveza y sudor y, por extraño que parezca, no era una mala combinación. Los grillos cantaban con tanta fuerza que la fiesta parecía muy lejos.

—Esto... Conklin.

—¿Sí?

—¿Aún sales con ese chico que trajiste al baile, el que tenía una sola ceja?

Sonreí. No pude evitarlo.

—Conrad no tiene una sola ceja. Y no. Mmm, rompimos.

—Genial —dijo, y la palabra quedó colgando en el aire.

Ése era uno de esos momentos que se convierten en una encrucijada. La noche podía acabar de cualquier manera. Si me inclinaba un poco a la izquierda, podría besarlo. Podría cerrar los ojos y perderme en Cory Wheeler. Podría seguir olvidando. Fingiendo.

Pero aunque Cory era guapo y simpático, no era Conrad. Ni de lejos. Cory era simple, como un corte de pelo militar, todo líneas rectas que iban en la misma dirección. Conrad, no. Él podía hacer que me diera un vuelco el estómago con una sola mirada, una sonrisa.

—Así que, Conkli... Tal vez podríamos... —Cory estiró la mano y me dio un golpecito juguetón en el brazo.

Me levanté de golpe. Dije lo primero que me vino a la cabeza:

—Tengo que hacer pis. ¡Nos vemos luego, Cory!

A trompicones bajé del trampolín lo más rápido que pude, cogí mis chanclas y me dirigí a la casa. Localicé a Taylor junto a la piscina y fui directamente hacia ella.

—Tengo que hablar contigo —bufé. La agarré de la mano y tiré de ella hasta la mesa del bufet—. Hace como cinco segundos, Cory Wheeler casi me invita a salir.

—¿Y? ¿Qué le has respondido? —Los ojos de Taylor echaban chispas; yo detestaba su aspecto satisfecho, como si todo fuese de acuerdo con el plan.

—Le dije que tenía que hacer pis —le conté.

—¡Belly! ¡Vuelve allí ahora mismo y pégate el lote con Cory!

—Taylor, ¿puedes parar? Te dije que no estaba interesada en Cory. Te he visto hablando con él antes. ¿Lo has obligado a que me invitara a salir?

—Bueno... Le has gustado todo el año y se ha tomado su tiempo para invitarte. Es posible que lo empujara suavemente en la dirección correcta. Los dos estabais tan monos juntos en el trampolín —dijo a la vez que se encogía un poco de hombros.

—Ojalá no lo hubieses hecho —repliqué sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¡Sólo intentaba que te distrajeras de tus problemas!

—Pues no necesito que lo hagas —contesté.

—Sí que me necesitas.

Nos miramos fijamente durante un minuto. Algunos días, días como ése, tenía ganas de retorcerle el cuello. Era tan mandona. Empezaba a hartarme de que Taylor me

empujara en esa y aquella dirección, de que me vistiera como a una de sus muñecas más raídas y desafortunadas. Siempre había sido así entre las dos.

Pero el caso es que por fin tenía una buena excusa para marcharme, estaba aliviada.

—Creo que me voy a casa.

—¿Qué estás diciendo? Acabamos de llegar.

—No estoy de humor para estar aquí, ¿vale?

Supongo que ella también empezaba a hartarse de mí porque dijo:

—Esto ya empieza a cansar, Belly. Llevas meses deprimida. No es saludable... Mi madre piensa que deberías hablar con alguien.

—¿Qué? ¿Le has hablado de mí a tu madre? Dile que se guarde sus consejos psiquiátricos para *Ellen* —le espeté fulminándola con la mirada..

Taylor soltó un gritito ahogado.

—No puedo creer lo que acabas de decir.

Su gata, *Ellen*, sufría de trastorno afectivo estacional, según la madre de Taylor. Le hicieron tomar antidepresivos todo el invierno y, en primavera, como seguía estando malhumorada, la enviaron a un encantador de gatos. No sirvió de nada. En mi opinión, *Ellen* era sencillamente mala.

Respiré hondo.

—Te oí llorar por lo de *Ellen* durante meses, y en cambio Susannah muere, ¿y quieres que me enrolle con Cory y que juegue al *beer pong* y que me olvide de ella? Bueno, lo siento, pero no puedo.

Taylor echó un vistazo rápido alrededor antes de inclinarse hacia mí y decir:

—No finjas que lo de Susannah es la única razón por la que estás triste, Belly. También estás triste por Conrad, y lo sabes.

No podía creer lo que acababa de decirme. Dolía. Dolía porque era cierto. Pero seguía siendo un golpe bajo. Mi padre solía describir a Taylor como indomable. Lo era. Pero para bien o para mal, Taylor Jewel era parte de mí, y yo de ella.

—No todas podemos ser como tú, Taylor —dije yo con mezquindad.

—Podrías intentarlo —sugirió, sonriendo un poco—. Oye, siento lo de Cory. Sólo quiero que seas feliz.

—Lo sé.

—Va a ser un verano alucinante, ya verás. —Me pasó el brazo alrededor de los hombros y yo se lo permití.

—Alucinante —repetí. No esperaba nada alucinante. Sólo deseaba ir tirando. Seguir adelante. Si superaba el verano, el próximo sería más sencillo. Tenía que serlo.

Así que me quedé un rato más. Me senté en el porche con Davis y Taylor, y observé a Cory coqueteando con una chica de un curso inferior al nuestro. Me comí un perrito caliente. Después me marché a casa.

En casa, el sándwich seguía en la encimera, envuelto en celofán. Lo puse en la nevera y me dirigí al piso de arriba. La luz del dormitorio de mi madre estaba encendida, pero no entré para desearle buenas noches. Fui directamente a mi habitación, volví a ponerme la camiseta de Cousins, me deshice la trenza, me cepillé los dientes y me lavé la cara. A continuación, me tumbé bajo la colcha y me quedé en la

cama, reflexionando. Pensé: «Conque así es la vida ahora». Sin Susannah, sin los muchachos.

Habían pasado dos meses. Había sobrevivido al mes de junio. Pensé para mí: «Puedo hacerlo. Puedo ir al cine con Taylor y con Davis, puedo nadar en la piscina de Marcy, incluso puedo salir con Cory Wheeler. Si hago esas cosas, todo se arreglará. Quizá si me permito olvidar lo buenas que eran las cosas antes me resultará todo más fácil».

Pero aquella noche, mientras dormía, soñé con Susannah y la casa de verano e, incluso en sueños, seguía sintiendo cuán maravillosas habían sido las cosas antes. Lo perfectas que eran. Y hagas lo que hagas, por mucho que lo intentes, no puedes dejar de soñar.